

PRÓLOGO

En nuestra Iglesia Católica chilena, Juan de Castro ocupa un lugar especial.

Sacerdote eminente, ha desempeñado cargos de gran responsabilidad: rector del Seminario Pontificio, Vicario del Arzobispado de Santiago para la Educación y muchos otros. Porque es inteligente, estudioso, trabajador y sacerdote ejemplar.

Pero, en cierto sentido, Juan rompe los moldes tradicionales. Estudió medicina; es sicólogo, especialista en Karl Jung. Ha escrito muchos libros y, hace algunos años, pasó del clero diocesano a la Orden Dominica, célebre por sus teólogos y estudiosos.

Juan es un conocedor de las sabidurías orientales: el taoísmo, el budismo, el hinduismo, entre otras, le han aparecido, no como “religiones” opuestas o competitivas con la religión judeo cristiana, sino como una noble y apasionante aspiración del hombre hacia el misterio, hacia el absoluto, hacia la conciencia, hacia lo profundo, que enriquece inmensamente la condición humana, reducida por el racionalismo, el positivismo y el laicismo de la cultura moderna a un esqueleto sin vida, a un árbol sin raíces y sin hojas, a un esquema seco y árido que desconoce, e incluso deja de buscar el sentido de la vida.

Por otra parte Juan es un cristiano que, más allá de la teología, del derecho y de la historia de su propia Iglesia, ha profundizado en la espiritualidad y en la mística, en la ciencia y en el arte de la oración, siguiendo la huella luminosa de los Juan de la Cruz y de las Teresa de Los Andes.

De su conocimiento profundo, maduro y vivido de la psicología de Karl Jung y de Víctor Frank, de las enseñanzas y de las vivencias de Lao Tsé de

Buda y de los maestros de la India, y de los grandes místicos cristianos, ha surgido este libro. La obra de un cristiano, fiel a su fe y a su comunidad, de un estudioso respetuoso y abierto a las sabidurías orientales y de un psicólogo explorador de la conciencia del hombre; un libro que purifica y hace crecer, un libro que llama a limpiar el alma y a librarla de la materia y de la carne, que invita a la oración, a la búsqueda del absoluto de Dios y a la paz de una conciencia libre y recta. El libro que todos necesitamos, el libro que el mundo moderno, nuestra sociedad consumista y permisiva, racionalista y agnóstica, necesita, el libro que da el diagnóstico e indica el tratamiento.

El Occidente adolece de soberbia; mira con cierta altanería el “resto del mundo”. No se da cuenta de que el oriente y el “resto del mundo” lo miran con inquietud y con un cierto desprecio. El diálogo y la cooperación entre el Oriente y el Occidente, vale decir, la construcción de una verdadera paz y convivencia entre todos los pueblos de la tierra pasa por la conversión del Occidente, por la estima y el respeto por la riqueza espiritual de otros pueblos y por el redescubrimiento de su propia riqueza espiritual olvidada.

Haber recibido la revelación divina, cuya huella está impresa en la Biblia y en la tradición de la Iglesia, es una gracia infinita. Descubrir que para gozarla plenamente la mente del cristiano tiene que liberarse y purificarse, es otra gracia. Y es también una gracia descubrir que miles de millones de hombres que no han recibido aun la gracia de la revelación, se han preparado durante siglos para recibirla –cuando llegue su hora- y aprender de ellos lo que nuestra cultura ha querido borrar es también una gracia. Juan de Castro es un buen guía en este itinerario de búsqueda de nuestra propia mente y del sentido de la vida hasta llegar al Dios vivo y verdadero que todo lo ilumina y lo transfigura.

+ Bernardino Piñera